

LA CASA FRENTE AL MAR

PEPA PENADÉS GIRBÉS

¿Y de dónde y por qué vienes?

No sabemos de dónde (fue la respuesta),

Sólo sabemos que vamos a la deriva con los demás,

Que nos demoramos y nos rezagamos _ pero fuimos impulsados al fin,

Y aquí estamos,

Para ser las últimas gotas del aguacero que pasa.

WALT WHITMAN

Últimas gotas tardías, HOJAS DE HIERBA.

LA CASA

La fachada

Inés

Al contemplar de nuevo la casa, después de diez años de ausencia y habiendo recorrido algo más de trescientos kilómetros, Inés Giner comprueba que no puede avanzar hasta ella más allá de los tres metros que las separan. Cualquiera que pudiera observarlas, así como están, la una frente a la otra, pensaría que no podría haber en el mundo dos imágenes más opuestas.

La fachada de la casa está descascarillada, mostrando aquí y allá el cemento de su pared frontal bajo la pálida pintura amarilla, envejecida por las inclemencias de la zona y del tiempo. El musgo ha crecido rebelde en los balcones y el antiguo toldo que protegía el porche conserva tan solo el andamiaje de hierro que lo sujetaba. Ni rastro del antiguo letrero del negocio, el que lucía en la planta baja del edificio. La imagen que la mujer ofrece, en cambio, es el resultado de una cuidada obra de restauración. Lleva un vestido tempranamente primaveral, de colores alegres, un calzado elegante y un peinado impecable. La calidad del maquillaje sobre su rostro oculta el pertinaz efecto que los sinsabores y el paso de los años han ejercido sobre su piel. Sesenta años de existencia no le impiden conservar un cuerpo esbelto, pero solo ella sabe lo que se cuece por dentro. Dejar Madrid, su trabajo como directora televisiva, a Julián... pasan factura.

No obstante, a poco que las conociera quien las contemplara, así como están, la una frente a la otra, hubiera pensado que no había en el mundo dos existencias más parecidas. La casa, a pesar de su destartada apariencia, se mantiene firme sobre sus obstinados cimientos. La mujer, a pesar de su esmerada presencia, tiembla de la cabeza a los pies, sujetando con obstinación el peso de su ánimo sobre la tierra.

Como si una y otra se reconocieran ante el espejo.

Algunas gaviotas surcan el cielo, sin mirar lo que acontece bajo su elegante aleteo, ajenas al enfrentamiento aparente entre la propietaria y su vivienda, distantes de su semejanza esencial. Inés percibe el paso de las aves planeando suavemente sobre su cabeza, más allá de su espalda, en dirección al mar. No quiere girarse para comprobar cómo se alejan, como le gustaba hacer de niña. Todavía no puede perseguir esa blancura danzante perdiéndose en el abismo azul que, a esas horas, puede confundirse con el mar. Borrando el horizonte.

Sigue observando la fachada del edificio, su aspecto deteriorado, como si fuese su propia piel hecha jirones, a tres metros de distancia y sin atreverse a dar un paso más. No ha circulado cuatro horas por la autopista (con un breve descanso en la estación de servicio), para quedarse así, plantada frente a la casa sin hacer nada. Pero aún no se siente capaz de hacer más de lo que hace en ese momento: mirar.

Ha sido una suerte poder aparcar ante la casa, de espaldas al mar. Podría haberlo hecho en su misma calle, en batería, pero prefirió aprovechar la explanada de tierra que la antecede. Eso le permitió contemplar la casa desde el coche, antes de bajar. Esa contemplación también le llevó un tiempo. La que ahora realiza, fuera del vehículo, le parece sin duda más arriesgada, sabe que cuando le ponga fin será para entrar. Y una vez atravesado el umbral no habrá marcha atrás. Quizá sea eso, precisamente, lo que teme. El retorno al pasado que su avance traerá como desenlace. El vívido despertar del recuerdo. Sin ambages, sin excusas, sin remedio. Y no sabe ya si es eso lo que quiere.

Marchó de otra vivienda rauda, orgullosa y decidida. Hizo el equipaje con prisas y a conciencia. Rescindió su contrato aun a sabiendas de lo que perdería. Abandonó su apartamento sin mirar atrás. Sin mirar a Julián, sin recordar todo lo vivido con él y con

Mateo en aquel apartamento del centro de Madrid que tanto les costó financiar. Todavía no siente el desarraigo de la ciudad que la acogió solícita, sugerente y combativa. Ni ahora el set de rodaje, los compañeros, los amigos. A los verdaderos amigos los tendrá siempre, sobre todo a Sandra, de eso está segura. El estrés, la presión diaria de los índices de audiencia, el compromiso de un nuevo contrato para prolongar una serie sin final, todo eso ha quedado atrás. Definitivamente. Gracias a Julián, reconoce, muy a su pesar. Abandonar todo eso no ha supuesto arrancar de raíz a Inés de su hábitat natural. En ese lugar se halla ahora, mientras tiembla y se mantiene firme, ambicionando el equilibrio. Sin atreverse a dar un paso más. Lamentando otro abandono, el de la casa que ahora contempla. Sin poder mirar aun hacia otro lado, hacia la parte derecha de la calle. En la esquina. Donde otra casa abandonada ya restableció su fachada y sus entrañas. Algo semejante se propone hacer con la casa que sigue contemplando, aunque cambie su fachada conservará sus entrañas. Cuando consiga dar un paso hacia adelante.

Los ojos inquietos de Inés encuentran un anclaje en las ventanas situadas en cada extremo del balcón principal, custodiando la puerta de salida, como si sujetaran la mirada que ella posa en la casa, indagando una respuesta a su interrogante espera. Escruta la vieja madera deslucida y prieta, sin posibilidad de que se filtre la luz ni por una leve fisura de su leñosa textura. Lo mismo que si cerrara ella fuertemente los ojos. Pero no lo hace, todavía no. Lo hará luego, cuando atraviese el túnel del tiempo.

Una sombra parda se desliza por el balcón, lentamente y de lado a lado, como si buscara una salida. Inés parpadea, la insistente contemplación debe haberle jugado una mala pasada, piensa. No existen las sombras pardas. Agudiza la vista y advierte que no

se ha equivocado, al menos no del todo. Algo pardo se mueve. Y no es una sombra, lógicamente. Es un gato. Y, ya se sabe: todos los gatos son pardos. Al menos por la noche. Atardece, todavía no ha oscurecido. Así que el antiguo refrán queda obsoleto en la mente de la espectadora. Inés se sorprende sorteando tales pensamientos en su atribulado discernimiento. Un gato en la casa, qué proeza la del animal. Años atrás no habría podido permanecer en ella ni un segundo. A no ser que pasara inadvertido. Hasta que el abuelo comenzara a estornudar, sin poder parar, se le hinchara la nariz y lo tuviera que coger él mismo para expulsarlo de la casa. A riesgo de que le salieran sarpullidos. Mejor eso que tener al felino como inquilino permanente, propiciando males mayores, agazapado en algún rincón del edificio hasta que fuese encontrado, para su desgracia y para beneficio de la alergia del anciano.

La visión del gato pardo, deambulando por el balcón como único habitante de la casa, se le antoja a su propietaria rocambolesca y positiva. El extraño elemento que zarandea su espera y la empuja a cruzar la calle. El giro de la llave en el cerrojo de la puerta principal resuena en sus oídos amplificado, como con eco. En una especie de *abracadabra* misterioso que augura la entrada a un pasadizo secreto, sin posibilidad de retorno por la puerta de acceso.

Recorre la heladería a toda prisa, con el pulso acelerado, dejando que los muebles y demás objetos de la estancia se sucedan ante su visión periférica como en un travelling interminable.

Abre las compuertas que dan al patio interior con otra llave, no sin cierto nerviosismo, pero con rapidez. Como si lo hubiera hecho ayer mismo. Como si su mano no hubiese perdido la costumbre, a pesar de los años de ausencia.

Ya en el patio, detiene sus pasos y respira. Suspira, más bien. Profundamente. Como si necesitara llenar sus pulmones después de haber transitado un espacio oscuro y enrarecido. Ciertamente la estancia, aunque atravesada con premura, le ha dejado un aroma a rancio en las fosas nasales, que todavía permanece en su olfato, atrincherado. Impidiendo la nueva percepción del aire limpio que ahora la envuelve en el patio abierto al cielo. La oscuridad del espacio recorrido hasta acceder a ese lugar, sin embargo, es una sensación imaginada. Lo primero que ha hecho al entrar en la heladería ha sido encender la luz principal. Su hermano ya le dejó abierto el cuadro de luces para que pudiera entrar sin problemas a cualquier hora. La oscuridad, por tanto, no la rodea, viene de adentro. La necesita. Para no ver el negocio familiar y su antiguo hogar lleno de fantasmas.

La mejor manera de confabularlos es abrir los ojos, primero. Los había cerrado al comenzar a suspirar. Levanta los párpados, lentamente. Como si no pudiera despertar de un sueño profundo. No un buen sueño, tampoco una pesadilla. Algo parecido a una nube onírica que la ronda y no se desvanece ni con un insistente pestañeo. Ya con los ojos abiertos de par en par contempla la baranda de la primera planta, protegiendo el pasillo que une las diferentes habitaciones del edificio, y comprende. Que la nube onírica no va a desaparecer. Que va a seguir flotando a su alrededor, mezclando recuerdos, olvidos y quimeras. A menos que haga algo. A menos que se abra paso entre esa densidad más que vaporosa, algodonosa, y la disipe con sus propios actos. Hasta convertir el aire que la circunda en un espacio nuevo. Y respirar, sin suspirar.

<<El truco para superar el remordimiento del comprador es tener un plan: escoger una habitación y hacerla propia, repasar la casa lentamente, ser educada, presentarse.

Así la casa también se presentará>>. Inés recuerda las palabras de Frances en *Bajo el sol de la Toscana*, cuando la protagonista entra en su recién adquirida casa. Comparte su sentimiento, por muchas razones, pero piensa que no tiene que presentarse como hiciera Frances. La casa y ella ya se conocen. También han tenido tiempo de desconocerse, de cambiar. Toma conciencia de que ahora es ella la única propietaria. Ese reconocimiento incita a Inés a recuperar la idea de la presentación. Tal vez presentarse sea ese algo que debe hacer para que la nube onírica desaparezca y el espacio anteriormente compartido se vuelva propio, filtrando la elección de sus recuerdos. Escoger una habitación le resulta difícil. No puede volver a la que fue suya (la misma que compartió con su hermana), tampoco ocupar la de sus padres, ni la de su hermano. Mira la puerta situada al final del pasillo de la primera planta. Era la de su abuelo, tras su muerte la convirtieron en la habitación de invitados. Accede a la escalera cruzando el patio para acercarse, peldaño a peldaño, a la estancia que se va a convertir en su propio cuarto. En la escalada toma una decisión que cree trascendental: la próxima vez que entre en el edificio lo hará por la puerta trasera, la que da al patio interior, para no tener que atravesar la heladería cada vez que entre en la vivienda. Esa determinación la tranquiliza. La segunda decisión que toma es abrir la puerta que da al balcón y dar cobijo al gato atolondrado.

Cuando Inés fue al teatro, por primera vez, lo hizo de la mano de su abuelo. Ella contaba siete años y hasta entonces solo había visto actuar a un mimo, un joven artista que cada verano recorría los poblados marítimos convirtiendo lo invisible en visible, como por arte de magia. *El Musical*, ese era el nombre del local donde presenciaría su

primera obra. Una sala de cine, según le dijo su abuelo, pese a haber sido inaugurada como sede del Patronato Musical de Pescadores (de ahí el nombre). Las representaciones que albergó el recinto, inicialmente, fueron obras musicales. La primera de todas ellas: un pasodoble dedicado al maestro Giner. Aunque compartían apellido no les unía el mismo linaje, pero bueno era recordar el homenaje. Eso le decía también su abuelo.

Caminaron primero por la playa, hacía bueno aquel domingo, quedaba una semana para despedir el invierno. La heladería en ese periodo tenía poca demanda, funcionaba solo como cafetería y el abuelo podía permitirse momentos de asueto hasta que llegara la primavera. Su hija era quien lo animaba a *estirar las piernas* (como ella misma decía), que ya eran años dedicado exclusivamente al trabajo. Desde que llegaron los hijos era su marido quien más tiempo dedicaba al negocio, aunque ya iban creciendo y Mar trabajaba casi igual que antes de tenerlos, cuando el cuidado de los más pequeños se lo permitía. Precisamente los pequeños quisieron acompañar al abuelo y a Inés al teatro, pero sus padres pensaron que, con cuatro y dos años como tenían, el trayecto era demasiado largo para que fuesen andando. Además, la obra resultaba más apropiada para la hija mayor, por edad y porque conocía bien a la protagonista.

El sol reinaba en lo alto aquel día, como un gran globo amarillo que se hubiese escapado de una feria para acomodarse en su trono, justo en mitad del cielo. Así lo pensaba la niña, con su mirada infantil y curiosa, como si los movimientos de la naturaleza fuesen el anticipo de la ficción que iba a presenciar, antes de que se levantara el telón. Pasearon por la orilla del mar hasta llegar a la altura del Balneario. *El palacio azul* (como lo tildaba la pequeña Inés), aventurando un sinfín de historias fantásticas

detrás de su exótica y encantadora fachada marina, sin sospechar que, tras la majestuosa arquitectura neoclásica, un año después habría de producirse la tragedia.

Bordearon el Balneario, adentrándose por el poblado marítimo del Cabañal, antaño conocido como el Pueblo Nuevo del Mar, le recordó su abuelo. Recorrieron varias calles hasta acceder a la Plaza del Rosario. Allí encontraron *El Musical*, junto a la Iglesia. Contemplaron con cierta calma su fachada, antes de entrar, mientras descansaban del paseo y admiraban su estructura. El edificio fue demolido, ampliándose en su reconstrucción por el Patronato de pescadores. Pasado un tiempo, la asociación no pudo sufragar los gastos y ubicó su sede en el centro histórico de Valencia, siguió contándole el abuelo Tomás. Así fue como el local dejó de ser un teatro para convertirse en un cinematógrafo, concretamente: el *Cine Musical de El Cabañal-Cañamelar*. Un cine para adultos, por eso Inés acudía por primera vez. Con los ojos bien abiertos la niña seguía observando la fachada del edificio, sus tres grandes puertas y sus bellos ventanales, con la intención de dilucidar el enigma que contenía su interior, después de tantos cambios. Y más cambios que recibiría en el futuro, pero eso todavía no lo podía sospechar ella, ni nadie. De momento, en el corazón del local latía con fuerza la esencia de la escenificación y había que aplacar esa palpitación con el sosiego del teatro. Por eso, en ocasiones como aquella, se permitía que sobre sus tablas hubiera representaciones de diferentes artes escénicas. El abuelo no quiso que su nieta mayor perdiera la oportunidad de presenciar una, así se lo hizo saber, con expresión de rotunda alegría en la mirada. Lo cierto es que ni siquiera entonces iban a presenciar una obra dramática, si analizamos con rigor la dramaturgia. Poco le importaba a ella aquel año el rigor y mucho la escenificación. La pieza era una adaptación de las primeras entregas de Celia, las novelas que publicara Elena Fortún y que ella ya leía con gran interés. Por eso la llevaba

su abuelo, porque sabía que le gustaría ver la teatralización de las aventuras de su personaje favorito.

La Compañía a cargo de la representación la formaban jóvenes actores, todavía estudiantes, dispuestos a actuar a cambio de un precio módico, para que pudiera acceder todo tipo de público. Aquellos chavales habían sido capaces de preparar el decorado, las luces y la adaptación de las novelas. La obra la dirigía también un estudiante, vigilando entre bambalinas todo lo que sucedía en el escenario. El papel protagonista lo interpretaba una niña de unos nueve años, seguramente familia de alguno de los estudiantes. Era menuda y avispada, y, aunque su edad superaba un poco la del personaje, representó su papel con credibilidad. A Inés le temblaba el cuerpo, de la cabeza a los pies, mientras presenciaba cada escena, sentada en su mullida butaca. El corazón galopaba en su pecho, como si se le fuera a escapar por su garganta, de la emoción. Su abuelo la miraba de soslayo, con una sonrisa dibujada en su cara que no hubiese podido borrar ni la más triste de las noticias.

Al finalizar la obra salieron del teatro alegres y dicharacheros. La experiencia había cautivado tanto a la niña que describía cada escena con la emoción de quién la ha vivido, y no de quién la ha presenciado. A cada una de las preguntas del abuelo la nieta contestaba con afán y buen criterio, ambas cualidades ya definitorias de su carácter. Recordaba con perfecta nitidez hasta los objetos que había sobre el escenario, además del parco mobiliario. El vestuario de los diferentes personajes, el cambio en la intensidad de la iluminación, al cambiar de escena. La actuación de los actores, que parecían de verdad, como ella misma calificó con vital entusiasmo. Su abuelo, intuyendo la respuesta, no se abstuvo de preguntarle:

_ Si pudieras participar en una función como la que acabamos de ver, ¿quién te gustaría ser?

_ La directora -contestó ella sin dudarlo ni un segundo.

El abuelo soltó una enorme carcajada y agarró bien fuerte la mano de su nieta primogénita, de regreso a casa. Ya se encargaría él de que no viese la niña su sueño truncado. O de que siguiera vivo, al menos, en el tiempo que él tuviera por delante.

Cuando abandonaron la Plaza del Rosario, una furgoneta hizo sonar el claxon al pasar junto a ellos. El anciano reconoció enseguida al conductor, que ya asomaba por la ventanilla, una vez detenido el vehículo a un lado de la calzada. Era Toni, el hijo de su amigo José. Abuelo y nieta se apresuraron a subir en la furgoneta. El trayecto de vuelta lo harían bien descansados, en amenizada charla con Toni. El joven se había acercado al Cabañal para repartir algunos encargos que le habían solicitado de su restaurante, daba igual que fuese domingo o cualquier otro día festivo, cuando había faena había que trabajar, que ya se sabía lo duro que podía ser el invierno.

La furgoneta aparcó justo delante de la heladería, pese a que Toni vivía tan solo unas casas más arriba, en la misma calle. Justo al lado de la casa abandonada. Antes de bajar, el abuelo agradeció al hijo de su amigo el favor, a lo que éste contestó con un aspaviento de la mano quitándole importancia. Luego pareció recordar algo, una vez hubo aparcado frente a su restaurante, asomó la cabeza por la ventanilla del vehículo y le dijo alzando la voz: *no se olvide que esta noche tiene la partida de la revancha con mi padre, dice que esta vez va a ganarle. No me olvido*, contestó el aludido en el mismo tono y añadió entre risas: *pero no estoy tan seguro de que pueda hacerlo*. Inés quiso aprovechar el buen ánimo de su abuelo, y la circunstancia de haberse ahorrado una

buena caminata en el regreso, para pedirle que se acercaran a la casa abandonada. La casa rota, como ella la llamaba. Apenas debían andar unos metros hasta llegar a ella, solo sería un momento. El abuelo no pudo negarse, a nadie más que a él le gustaba acercarse, aunque a nadie más que a él le dolía verla en ese estado.

Pasaron ante el restaurante de su amigo José (todavía conservaba en lo alto de la fachada su antiguo nombre: *Villa Carmen*, en honor a su mujer). Seguramente ya estarían atendiendo a los primeros comensales, ahora que Toni había regresado de realizar sus pedidos. También debían estar preparando la mesa en su propia casa, no deberían entretenerse demasiado, advirtió a la nieta cuando alcanzaron la esquina de la calle.

De la casa abandonada quedaban tan solo algunas paredes levantadas, por eso Inés la llamaba *la casa rota*. El deterioro del edificio no era únicamente el resultado de un forzoso abandono por parte de sus propietarios, era más la consecuencia del maltrato recibido por parte de sus confiscadores. Si la viera Libertad, así como estaba, se moriría de pena, pensó el abuelo. Mejor que siguiera al otro lado del océano, lejos de los que también a ella pudieran hacerle daño. Lejos de los que maldijeron a su padre. Poco sabía el anciano aquel día que su amiga regresaría pronto, permaneciendo en Valencia apenas tres días, para cuidar y despedir a su hermano Mario, ya entonces muy enfermo.

Mucho sabía de la fundación de esa casa, de los que la habitaron, y un poco le contaría a su nieta aquel día. Y un poco más los que sucedieron. Aunque solo se atrevería a contarle la historia entera un año y medio más tarde. Cuando recordarla no le doliera tanto, ni a su nieta ni a él mismo, como recordar la desgracia acaecida en el *Palacio azul*.

Una vez colocadas sobre la pequeña estantería las viejas novelas de Celia, Inés toma asiento en una pequeña banqueta. Contempla la colección y recuerda la serie sobre la misma, la que produjo TVE en la década de los noventa. También acude a su memoria un recuerdo más reciente, de apenas unos meses atrás, en Madrid. Cuando en el teatro Valle Inclán presencié *Celia en la revolución*, basada en la novela inédita de la Fortún, ocultada hasta los años ochenta por la censura, por referir a la guerra civil española. No lamenta no haber dirigido ni la serie ni la obra de teatro, disfrutó como espectadora de ambas. Quizá pueda hacerlo, al fin, con la casa frente al mar. La que se encuentra en su misma calle, a solo unos metros de distancia de la suya. En la esquina. Y que Berta Masiá protagonice a Libertad.

Desde el rincón donde continúa sentada explora la habitación en su conjunto, en una lenta y exhaustiva visión panorámica que la relaja. El cambio en la colocación de los muebles, la retirada de cuadros y otros objetos decorativos, así como la incorporación de otros nuevos, le dan un aire diferente, más propio. En cualquier caso, ya puede afirmar que ha hecho suyo ese espacio. Respira serena, sin suspirar. Tiempo habrá de recolocar los otros espacios y de filtrar, como ahora, el camino que ha de recorrer su memoria.

Acaricia al felino, que ya ronronea en su regazo. El felino no es tal, es felina. Y parece estar embarazada.

Libertad

Había contemplado la casa, como tantas veces, admirado y complacido ante tanta belleza. Sobre el bajo del edificio se erguía una imponente primera planta, dando cobijo a una amplia galería. La sujetaban cinco pilastras jónicas en su fachada y dos en sus laterales, además de dos fabulosas cariátides en cada esquina. Adornando el espacio abierto, por el que se colaban todos los vientos y la sal de la mar, sin que pudiera dañarse la hermosa y contundente mesa de mármol de Carrara. En la planta superior, la casa también se abría al mediterráneo con tres ventanales, tras los cuales su propietario relataría magníficas historias, sin descanso y con verdadero fervor, en la amplia mesa de su despacho.

El edificio se hallaba a pocos metros de la casa de mi amigo José, la cual estaba ubicada a pocos metros de la mía. En aquel tiempo no teníamos ni calle, la zona en la que vivíamos estaba bastante desierta. Por esta razón mandó el escritor edificar su chalé en ese lugar, para alejarse de las aglomeraciones, para estar tranquilo y escribir en paz. Serenándose de la agitación creativa, algunas horas, con largos paseos por la playa. Se rumoreaba que quería dejar la política (harto de hostilidades y amenazas) y dedicarse de lleno a la literatura. Dos años de espera y un gran dispendio económico fueron necesarios para reedificar la casa, tras su derrumbe por el efecto de los temporales, la humedad y una mala planificación inicial del edificio. En ese periodo, vi como alzaron la casa, la derrumbaron y la volvieron a levantar. Hasta que pude contemplar impoluta i magnífica su preciosa fachada ya terminada.

Dos veranos atrás la familia se había alojado en *Villa Isabel*, un chalet un poco más cercano a la playa del Cabañal. Mi amigo José y yo pudimos ver al escritor y a los suyos

en algunas ocasiones, paseando a orillas del mar. Pero ninguno de los dos trabajábamos todavía en la playa y no pudimos atenderlos. Con diecisiete años recién cumplidos y la educación primaria más que concluida, mi padre permitió que me iniciara en la venta ambulante, justo cuando la casa estuvo a punto de ser habitada.

La primera vez que hablé con Libertad fue una tarde de agosto, unas horas después de haber contemplado su casa, como otras veces, al salir o al entrar en la mía. Cuando cumplíamos tan solo dos años del nuevo siglo. La tarde era calurosa, como tantas de cualquier verano, pero más densa: bochornosa. Las dunas ondeaban en dirección a la orilla, consiguiendo que la calima difuminara la playa hasta confundir el azul del mar con el cielo. La chiquilla jugaba, subida a una barquita varada en la arena, mientras sus hermanos la imitaban y la madre los alentaba a que bajaran. El padre observaba la situación, entre bocanada y bocanada a su habano, irguiendo el torso, envanecido.

José me había comunicado la llegada de la familia esa misma tarde, cuando bajé a la playa para iniciar la venta ambulante. Mi amigo los había visto pasear por la orilla mientras servía en su barraca, en el momento que unos bañistas entraban para cambiarse de ropa. En su barraca alquilaba trajes de baño, confeccionados por su madre. También vendían bocadillos, y fruta, cosechada en su propia huerta, para aquellos a los que les apretara el hambre después de bracear en el mar. Entre una cosa y otra, ofrecía mayor servicio que otras barracas, por lo que su trato con los veraneantes aumentaba. Pocas noticias le pasaban por alto a mi amigo, con tanto trasiego de gente en su puesto. Así que, si él decía que el escritor se había instalado, para pasar la temporada estival con la familia, no podía ser más cierto. Aunque yo no hubiera visto aun a nadie en la casa. Seguramente habrían llegado cuando yo me encontraba sirviendo en el Cabañal.

Solía llegar por el mismo camino de Vera que recorría cada día José, pero no siempre coincidíamos en el trayecto. Nuestros servicios eran diferentes y también nuestros horarios. Él permanecía en un punto fijo y yo recorría los caminos de tierra acercándome a la playa. Ese día charlamos más que de costumbre, mientras su padre atendía la barraca. Atento a las indicaciones de mi amigo, me alejé de las aglomeraciones y seguí el paseo iniciado por el escritor y su familia. En cierta manera, volví sobre mis pasos, al avanzar por la izquierda, dejando atrás el Cabañal y regresando hacia la Malvarrosa. No me importaba, al fin podría conocer al escritor, con la excusa de ofrecerle la posibilidad de endulzar el paladar de toda la familia con mis productos frescos y recién preparados. Había leído sus novelas por entregas, en el diario que él mismo dirigía, quería mostrarle mi admiración y respeto. No podía dejar escapar semejante oportunidad.

Avancé un buen tramo con mi carrito, tan rápido como me permitieron las ruedas de madera sobre el camino de tierra, divisando la playa en la distancia. Desde mi posición podía distinguir las diferentes figuras que paseaban sobre la arena. Al fin, encontré al escritor junto a la barca varada, con su familia. En ese momento me detuve en el camino y me quedé mirando, sin más. No tardarían en demandar mis servicios. La madre abrió su paraguas para protegerse del sol y el padre ajustaba su sombrero de ala ancha, después de frotar su frente con un pañuelo. Pero los chiquillos, los que debían descubrir mi presencia con más ahínco, seguían con sus juegos sobre la barquita, moviéndose de un lado a otro, brincando en su interior, ajenos al calor (que todavía apretaba) y a mi oferta refrescante. Decidí avanzar un poco más, aunque tuviera que abandonar el camino de tierra y adentrarme un poco en la arena. En esa playa las dunas dificultaban mi paso, pero encontré un acceso que permitió conseguir mi propósito. Cuando me convencí de que podían verme con claridad, me detuve. Incluso me pareció

que el hijo mayor ya bajaba de la barca para acercarse. Pero no. Lo que hizo fue levantarse para trepar a la popa de la sencilla embarcación y saludar, mientras su hermana cogía al más pequeño en brazos y el mediano se acercaba a ellos. A la chiquilla, con el ajetreo, le quedó una pierna colgando por fuera de la barca, mostrando su calcetín bajo la alpargata de tela y esparto (atada al tobillo con una cinta cruzada, como la que usan los labradores valencianos), en una postura poco adecuada para una señorita, aunque sin perder ninguno de sus lazos bien atados a cada lado de la frente. La madre cerró el paraguas y se apoyó en él, a modo de bastón, relajando el rostro mientras su marido rodeaba su espalda para descansar la mano en su hombro. El fotógrafo se me había adelantado y ellos posaban complacidos. Esperé. Una foto más, buscando un posado más tradicional. Intercambio de información para formalizar la transacción económica y quedaron libres. Y así como estaban, de espaldas al mar y frente a mí, al fin me vieron. Libertad me señaló, reconociendo con claridad lo que atesoraba en el carrito, ambicionando una parte. La madre cogió al pequeñuelo en brazos y los demás bajaron de la barca *ipso facto* para rodear al padre entre gritos y saltos. El escritor accedió a la petición entusiasta de los hijos y, en pocos segundos, tres de ellos ya corrían hacia mí jubilosos y sedientos.

Libertad habló por todos, como si a sus hermanos se les hubiera comido la lengua el gato, ese animal capaz de provocarme sarpullidos. La voz de la niña era decidida y alegre. Con mucha resolución, y casi sin resuello, me pidió dos granizados de leche merengada y uno de limón. Su hermano mayor me ofrecía las monedas incluso antes de que les sirviera. Le hice un alto con la mano y volví a preguntar el pedido. Libertad me miró frunciendo el ceño, como si no pudiera esperar ni un minuto más su comanda. Yo les avisé de que también tenía granizado de horchata, levantando la tapa del depósito

del centro para que comprobaran que no mentía. La niña asomó su carita al recipiente y no pudo resistirse, cambió el de limón.

_ ¿Y no prefieres de pistacho?, le pregunté guiñándole un ojo.

_ De esos no existen- me dijo ella muy convencida.

_ Tienes razón, todavía no lo tengo. Pero lo tendré. Y serás la primera en probarlo.

_ Cambia de placeres, pero no cambies de amigos- me contestó la chiquilla ya con una sonrisa.

_ Caramba, ¿pero tú cuantos años tienes para proponer algo así? – le pregunté mientras servía los helados en los cubiletes.

_ Siete, pero la frase no es mía, la dice siempre mi padre. Y tampoco es suya, la dijo otro escritor llamado Vol-ta-i-re, pero se pronuncia Volter, que es francés.

_ ¿Vaya, también sabes francés?

_ Un poquitín.

_ Vamos Libertad, que con tanto palique se nos van a derretir los granizados...- advirtió uno de sus hermanos, mientras yo aceptaba sus monedas, antes de que se marchara corriendo con el otro hacia sus padres.

Ni en cien mil años hubiera pensado, aquella calurosa y nebulosa tarde, que me llevaría la extraordinaria sorpresa de conversar con la hija de mi escritor preferido. Pero así fue. Su padre me saludó de lejos, alzando su sombrero de ala ancha, cuando todos sus hijos regresaron. Su mujer también me saludó, de forma más sutil, inclinando la

cabeza. Y yo me quedé allí plantado, todavía unos minutos más, no sé ni cuantos. Intentando asimilar un encuentro tan esperado y, a la vez, tan inesperado.

Por entonces, todavía no elaborábamos helados cremosos, no disponíamos de tiempo, ni de espacio ni medios, para hacerlo en nuestra humilde casa. Cada mañana mi padre se acercaba con su carreta al Cabañal, para dirigirse a la Fábrica de hielo. Allí troceaban grandes barras, que los pescadores utilizaban en el almacenaje de su redada, transportándola fresca hasta la Lonja para su venta. A mi padre, y a los pocos heladeros de la época, les troceaban el hielo en barras más pequeñas, para que pudieran picarlas después con menos esfuerzo en su trabajo. Aun así, pesaban unos quince kilos cada una y compraba unas diez al día. Protegía su hombro con una tela bien gruesa y las cargaba, una a una, colocándolas en los depósitos de metal que llevaba en la carreta, conservándolas en buen estado.

Ya en casa, todos ayudábamos en el picado del hielo. Y cuando digo todos, no me refiero solo a los de casa (mis padres y yo mismo), me refiero a toda la familia. Venían de madrugada, desde sus respectivas casas, los tíos y los primos a picar. Y, algunas veces, Marina, la mejor amiga de la prima Clara. Y era una suerte. El hielo quedaba bien triturado, a golpe de martillo. A las mujeres les dejábamos las piezas más pequeñas (previamente cortadas por nosotros), para que no se lastimaran con los golpes. Mientras picaba su parte, Marina me dedicaba unas miradas y cuchicheaba vete a saber qué con su amiga. Después se reía. Con una risita breve, picarona y dulce, que dibujaba unos hoyuelos en sus mejillas. En ese rostro tan despejado y acalorado que le quedaba, con una trenza perfecta en su espalda. La prima Clara enseguida sacaba algún tema de

conversación, algún cotilleo reciente, alguna broma ocurrente, cualquier cosa para que a su amiga del alma se le pasara el sonrojo y quisiera volver otro día. Las dos tenían la misma edad, un año menos que yo, habían ido juntas al colegio y desde entonces eran inseparables. Vivían cerca de casa y nuestras familias se habían acostumbrado a frecuentarse y ayudarse mutuamente.

Cuando el hielo estaba bien picado, distribuíamos una parte para los granizados y otra para repartirlo alrededor de los recipientes de metal que lo contenían, agregando sal para regular la temperatura. Esa actividad la realizaban las mujeres, con mucho esmero. Tanto que, en esos momentos, Marina ni me miraba. Concentraba toda su atención en distribuir los pedacitos de hielo en sus recipientes, como si fueran pequeños diamantes que pudieran lastimarse al menor tropiezo. Así que los transportaba con mucho cuidado, a veces hasta con sus propias manos, a riesgo de que se le quedasen bien frías. Una vez finalizada la distribución del hielo, se marchaba. Y entonces sí, volvía a mirarme un instante, con una sonrisa blanca, antes de atravesar la puerta para regresar a su casa. Para faenar en los requerimientos que el día conlleva.

El resto de la familia marchaba también a sus cosas y mi padre cogía su carreta para comprar en Alboraya la horchata recién hecha. Mi madre y yo, mientras tanto, preparábamos la leche merengada y el limón con canela para los granizados. Al regresar mi padre, elaborábamos el de horchata. Y llenábamos los depósitos de dos carritos. Uno fijo, para que mi padre lo vendiera en la plaza del Rosario, junto a la Iglesia, delante del local que sería la sede del Patronato Musical del Pueblo Nuevo del Mar. Y otro ambulante, para mí, para que vendiera nuestro refrescante producto entre los veraneantes.

Una mañana, dos días después de mi primer encuentro con Libertad, apenas salí con mi carrito, encontré a Marina frente a la casa del escritor, observando su imponente fachada. Al verme se ruborizó, sin saber muy bien qué hacer, la había pillado por sorpresa. Me acerqué a ella con sigilo, sujetando esa mirada que se aferraba a la mía como una mariposa a punto de ser cazada, antes de echar a volar.

_ Es hermosa, ¿no te parece? -le pregunté señalando la casa.

_ Sí, mucho – contestó, volviendo a mirarla por un instante.

_ Y las cariátides tan bellas y enormes: impresionan.

_ ¿Las qué?

_ Las estatuas de mujer a cada lado de la galería. La de la izquierda representa la musa de la poesía, por eso lleva una lira, porque en la época de la Grecia clásica la poesía se recitaba con la música de ese instrumento. Como ves, se parece a un arpa, pero muy pequeña.

Dio un vistazo rápido y bajó la mirada. Marina, sin duda, no se atrevía a mirar de frente el cuerpo semidesnudo de la cariátide.

_ Y tú, ¿cómo sabes eso?

_ Porque lo he leído.

_ Yo ya no voy a la escuela -reconoció bajando los ojos.

_ Yo tampoco, ya lo sabes. Hay que trabajar -dije aferrándome al carrito de los helados-. Pero me gusta mucho leer y siempre hay cosas interesantes en los periódicos y en los libros que consigo.

_ A mí me aburre leer, pero me parece interesante lo que cuentas -se atrevió a decir, con el alegato más largo y halagador que había escuchado de su boca desde que la conociera.

_ Vaya, muchas gracias, Marina. Si quieres, me acompañas un poco en el reparto y te sigo contando.

_ Bueno. Como hoy no os he ayudado, puedo hacerlo ahora – la ayuda parecía el salvoconducto perfecto para el mutuo acompañamiento.

_ Está bien. Pero primero, acepta un granizado. Hoy tengo uno nuevo.

_ ¿De qué?

_ De sandía.

Anduvimos un rato juntos, yo relatándole lo que sabía sobre los gustos artísticos de mi escritor favorito y ella sorbiendo su granizado de sandía. Aquel día no llevaba el cabello recogido y su melena trigueña lucía más clara bajo el sol, contrastando con su piel canela. Marina era hija de pescadores, su padre faenaba en la mar y su madre descamando el pescado y vendiéndolo en el mercado. Ella ayudaba en lo que podía, y, cuando libraba, nos ayudaba a nosotros. Siempre que la prima Clara también lo hiciera. Aquel día era la excepción de una regla no escrita, la que parecía haber estado grabada, hasta entonces, en el libro sagrado de nuestra relación. Así que debía aprovechar la exención. Le conté mi encuentro con el escritor y su familia y, sobre todo, la grata sorpresa que me llevé al hablar con Libertad. Marina quiso conocerla y nos adentramos entre la planicie que dejaban algunas dunas para acceder a la playa. No tardamos en

encontrar a la familia, bajo un toldo, frente al mar. El escritor no estaba, seguramente aprovechaba el silencio en la casa para ejercer su oficio.

Los chiquillos jugaban en la arena. El mayor y el mediano, porque el más pequeño era acunado por una joven, mientras la madre vigilaba que los otros no se acercaran demasiado a la orilla. Y la chiquilla, sentada sobre la arena, cubierta por una chilaba, tomaba notas en un pequeño cuaderno, alternando su mirada sobre el blanco de las páginas y de la espuma del mar. Era el momento propicio para detener los juegos y tomar un refrigerio.

De nuevo Libertad me distinguió antes que nadie. Escribió un poco más, levantó después la mirada para realizar un barrido panorámico de la playa, anotó algo en su cuadernillo y, cuando creía vendría hasta nosotros, no lo hizo. En lugar de eso se acercó a su madre, que contemplaba el mar con serenidad. Debió comunicarle mi llegada, supuse, porque entonces la señora ladeó el rostro y me miró. Tomé ese gesto como un aviso y comencé a dirigirme hasta el toldo. Los muchachos se percataron de mi presencia, cada vez más cercana, y, por los gestos de entusiasmo, secundaban la petición de la hermana que, en ese momento, ya era insistente. La joven miraba a los muchachos divertida, pero sin pronunciar ni media palabra, supuse era la criada. La madre cabeceó un par de veces antes de acceder a la obstinada petición de los hijos. Libertad sacudió la arena de su chilaba, tras una advertencia de la madre, y corrió hacia el carrito de helados. Su madre volvió a advertirla, esta vez para reclamar que esperara a Mario, eso pude escucharlo. El hermano sacudió también su ropa y la acompañó hasta donde yo me encontraba.

_ ¿Ya tienes helado de pistacho? -fue lo primero que me preguntó Libertad.

_ Todavía no. Pero sigo buscando nuevos placeres.

La chiquilla sonrió, halagada porque recordara su comentario. Su hermano nos miró curioso, pero no dijo nada. Luego Libertad miró a Marina, y de nuevo a mí, para preguntar:

_ ¿Es tu novia?

Marina se ruborizó. Soltó una risita breve y se tapó la boca con una mano. La niña volvió a sonreír, divertida, esperando una respuesta.

_ Llegados a este punto, señorita, debería decirte mi nombre y presentarte a mi amiga. Yo me llamo Tomás y ella es Marina – le comunicué cruzando mis manos en un gesto que pretendía poner fin a ese asunto.

Pareció entender el mensaje. Aun así, añadió:

_ Yo casi me llamo igual.

_ ¿Cómo dices? -pregunto sorprendida y halagada mi acompañante.

_ Si no me hubiese llamado Libertad mi padre me hubiera puesto de nombre Marina. De haber sido así tendría otra hermanita – la voz de la niña pareció quebrarse por un momento al pronunciar la última frase. Apenas fue un instante, inmediatamente se recompuso para formularme con entusiasmo una pregunta: - ¿Tienes granizado de horchata?

_ Hoy no, mi padre no ha podido acercarse a Alboraya. Pero ya sabes... -le guiñé un ojo- si quieres probar un nuevo placer: hoy tengo de sandía.

_ Lo probaré, amigo Tomás -me contestó imitando mi seña.

Quedé complacido por su elección, pero, sobre todo, por el apelativo que me había asignado. Aproveché la circunstancia y le pregunté:

_ ¿Y cómo es que te llamas Libertad? Es un nombre muy bonito, pero no conozco a nadie que se llame así.

Ella lamió su helado con devoción, limpiando la cucharilla y encarnando su lengua y su boca. Mario ya marchaba hacia el toldo cargado con dos granizados, uno para él y otro para su hermano. La madre llamaba a la hija, Libertad hizo un gesto indicándole que enseguida iba, después habló:

_ Eso te lo contaré otro día.

Berta

Aparcas junto a mi adosado, en el residencial: *Casitas El vergel*. Abres el maletero de tu vehículo y descargas dos maletas y cuatro grandes bolsas. Coges una maleta y una bolsa, subes las escaleras con paso ágil hasta la puerta de tu bungalow. La abres. Introduces tu carga en el interior y vuelves a bajar a por el resto. Tres viajes te han bastado para subir todo tu equipaje. Pero vuelves junto al coche, has olvidado cerrarlo. El pitido del mando a distancia de tu llave suena al accionar el cierre y es entonces cuando miras la fachada de tu edificio. No puedes verme tras la cortina de mi ventana, pero yo sí. Contemplas durante unos minutos la blanca pared, la escalera, el balcón, las ventanas y la pintoresca cubierta de tejas. Parece que quieres retenerlo todo en tu memoria, como si fuera la primera vez que observarás la casita, cuando no lo es. Te frotas el rostro, no sé si para secar el sudor de tus mejillas o para borrar algunas lágrimas imprevistas. O no tanto.

Por tu aspecto, algunos no te reconocerían como una gran actriz. Algunos con pocas luces. No yo, que me dedico a iluminaros. Tampoco los críticos de cine ni de teatro, ni la directora de la serie en la que actuaste bajo su batuta: mi madre. No lo piensa nadie que te haya visto interpretar, quizá lo diga quien no te conoce. Tu estatura no es muy elevada, tampoco eres bajita. Tu cuerpo atesora el volumen curvilíneo de tus formas, otros te califican de obesa. Tu hermoso y expresivo rostro lo dice todo, incluso cuando no dices nada. Capacitado y versátil tanto para la comedia como para el drama. Acompañado por la maestría de tus gestos, a veces regios, a veces tiernos, a veces desgarradores. Los que no te han visto representar no pueden saberlo, ni siquiera adivinarlo. Porque actúas solo encima de un escenario, o ante las cámaras. A pie de calle,

como estás ahora ante tu fachada, pareces una mujer más. Sin aires de diva, natural. Puedo afirmarlo sin conocerte, porque te veo. Porque te he visto actuar. Pronto me conocerás, aún no se ni cómo, en este encierro que nos aproxima y nos aísla.

Elisa Masina se convirtió en tu nombre artístico cuando actuaste en la serie *La Hacienda*. Mi madre te conocía como Alberta Masiá, aunque siempre te llamó Berta, como a ti te gusta. El nombre artístico fue idea de tu marido, decía que sonaba mejor. Berta era un nombre de pila un tanto abrupto, Elisa más suave y el apellido italiano un claro homenaje a la Giulietta de Fellini. Bueno era que te relacionaran con ella, por eso, y por lo bien que actuabas. Aunque, por lo demás, no te parezcas en nada. Tus cabellos negros, tus ojos verdes, la nariz recta, los labios bien dibujados y una mandíbula noble recortando tu hermoso rostro. Así lo decía Gaspar Giménez (tu marido), en una entrevista. A él también le hubiese gustado cambiarse el nombre, pero no pudo hacerlo a tiempo y ya era demasiado conocido para ese cambio. Todos suponían que formabas parte del reparto de *La Hacienda* porque habías entrado en ella de la mano de tu marido, aunque él nunca lo dijo, tampoco se esforzó en desmentirlo. Gaspar interpretaba un personaje fijo en la serie, aportando la nota de humor en cada escena. Interpretaba al mozo de cuadra, aunque de mozo tenía ya bien poco. Los diálogos con su ayudante (tampoco mozo, más bien mozalbete) eran divertidos, a veces hilarantes, siempre a la gresca uno y otro, en una dialéctica nunca resuelta que fluctuaba entre la paternal tutela de uno y la rebeldía natural del otro. Gaspar intervenía poco en cada capítulo, no era el suyo un personaje protagónico, pero la madurez de su buen hacer ya le precedía y se había colado en el corazón de los espectadores. Además, otorgaba el contrapunto

necesario al drama. En su entrevista se complacía de tu llegada a la serie y no, no era un impedimento que fuerais pareja para que ambos trabajarais con profesionalidad, tampoco sería capaz de mermar vuestra relación. Al fin y al cabo, no coincidíais en casi ninguna escena y tu papel era tan solo una colaboración especial.

Mi madre te había visto actuar en el Teatro Pradillo, en el Lagrada, incluso en la sala roja de los teatros del Canal, tres años después de que se inauguraran. En todas esas ocasiones participaste como actriz de reparto, saliendo, por tanto, bien poco en cada obra. ¡Pero qué manera de salir! ¡Que actuaciones estelares las tuyas! Tenías tablas, sabías pisar el escenario y dejar huella, incluso cuando lo abandonabas. Lo mismo dabas vida a una mujer perdida en un mundo sin sentido que hacías palpar al ser más racional, o provocabas la risa de los espectadores con la fina ironía de tu personaje. Eso decía mi madre, cada vez que presenciaba tu trabajo. También te había visto en algunos cortos, actuando con mayor protagonismo, comiéndote la cámara. Hechizándola. Yo, por entonces, era un adolescente inquieto y no hacía mucho caso a sus comentarios, años después pude verte actuar y no dudé en secundar las valoraciones de mi progenitora. Ella no se conformaba solo con opinar. Te buscó, desde que te vio en el Lagrada. Quiso que trabajaras con ella, desde el principio. Nunca pensó que se convertiría en directora televisiva, después de varios años dirigiendo obras teatrales en tierras valencianas, casi todas independientes. Y mucho menos que dirigiría una serie que llevara como título: *La Hacienda*. Pero la trama estaba muy bien escrita y la protagonista era una mujer muy singular: una marquesa revolucionaria. Joven viuda de un apuesto marqués, regentaba su hacienda de cultivo, trabajando en ella como la que más, lo mismo hundía sus pies en la tierra para sembrar que llevaba las cuentas. Tuvo ganancias, pero también pérdidas, materiales y personales, y no se achantó en ningún momento. Ni con el éxito,

ni con el fracaso. Formó una cooperativa con sus trabajadores y repartió responsabilidades y beneficios. En una época convulsa y cambiante, a finales del siglo XIX. Inés Giner era la directora adecuada para llevar a la televisión una serie de época de tal calibre, le dijeron. Porque sabía dirigir a los actores, porque rodar aquella serie sería como trabajar en el teatro, con decorados muy bien ambientados, pero, además, con buenas localizaciones en exteriores. Cuando marchó a Madrid para dirigir un Estudio 1 (como homenaje a los que se grabaron antaño), pensó que sería algo excepcional. Pero gustó tanto que le pidieron otro. Después llegó el contrato con *La Hacienda*. La Giner intentó que formaras parte del reparto, sabía que eras la esposa de Gaspar Giménez y no le pareció un reclamo, tampoco un hándicap. Le daba igual el parentesco, solo quería darte un papel que únicamente tu sabrías defender. Los productores, sin embargo, se opusieron. La serie, en principio, solo iba a rodarse una temporada. Pero funcionó tan bien que rodaron una segunda. Al fin, producción accedió a que formaras parte del elenco, protagonizando a la sobrina de una criada que visitaba a su tía por unos días. Bordaste el papel y te ganaste continuar en la serie, ampliando el protagonismo de tu personaje, otorgándote un cargo doméstico en la casa. Hasta que el fallecimiento de la marquesa puso definitivamente el punto final a la serie, en su tercera temporada.

Mi madre recibió otra oferta para dirigir una nueva serie de televisión, pero esta vez de emisión diaria. *El parque de la Avenida*, ese sería su título. A principios del siglo XX, gente de toda condición social, burgueses y tenderos, criados y recaderos, jóvenes, ancianos y niños, vivirían o trabajarían en la Avenida. Las vicisitudes de esas gentes se interpretarían en decorados de época muy bien ambientados, simulando ser pisos de diferentes edificios de la Avenida. En el parque, los espectadores también serían testigos de sus historias. Conservaría el espíritu de la emblemática: *Arriba y abajo*, pero adaptada

a las circunstancias y escenarios de un barrio de Madrid. A Inés Giner le pareció una buena referencia la alusión a la serie inglesa, un incentivo para trabajar. Aceptó, pensando que sería su última serie, tan solo una temporada y volvería al teatro. Esa fue la condición para resistir un rodaje diario que habría de ser, sin duda, costoso y estresante. Quiso que formaras parte del reparto, pero tu estabas rodando una película con Amenábar. La serie se sucedió en el tiempo, cambiando de personajes, cada vez que un actor o una actriz la abandonaba por nuevos compromisos artísticos o por motivos personales. El guion se vio afectado con tanto cambio, perdiendo su esencia, y mi madre no supo ya por qué estaba dirigiendo aquello. Al final de cada semana siempre decía que quería dejar la dirección de un rodaje cada vez más similar a una telenovela, a un culebrón, pero nunca se decidía. Julián Vidal producía la serie, mi padre. Precisamente sería él quien la empujaría a abandonarla, la serie y su relación. Con una infidelidad de manual: enrollarse con su secretaria. Regresar a Valencia para crear un teatro propio fue el siguiente paso que dio Inés Giner. Para inaugurarlo con *La casa frente al mar*.

En los últimos tiempos no has interpretado gran cosa, algunos anuncios de televisión y poco más. Llevas fuera de los focos dos años y nadie sabe por qué dejaste tu profesión cuando mejor situada estabas. Mucho menos se entiende tu entrada en la interpretación publicitaria. Tu marido se retiró bastante antes, también fue una desaparición comentada. El mes pasado un comunicado de prensa informó de su fallecimiento. Tenía cincuenta y cinco años. Quince más que tu. Yo tengo treinta y me parece que todavía eres muy joven para estar encerrada en vida. Pero así estamos todos

ahora mismo: encerrados y, afortunadamente, con vida. De eso trata este encierro, de conservar la vida.

La semana pasada no pensábamos, ni por asomo, que llegaríamos a este punto. Parecía que la pandemia propagaría su contagio lo mismo que el ébola unos años atrás, puntualmente, sin extenderse demasiado. Al menos en nuestro país. No ha sido así, todos estamos confinados. Nosotros y el mundo entero.

Cuando me instalé en el bungalow no pensaba que acercarme a ti sería tan complicado. Tu llegada se ha producido, precisamente, el mismo día que se ha declarado el estado de alarma. Hace una hora que el presidente del gobierno lo ha comunicado en rueda de prensa. Si no hubieses llegado hoy mismo, no sé si te lo hubieran permitido. De haber sido así, mi propósito de permanecer aquí hubiera quedado obsoleto. Mi madre no se cansa de agradecerme que forme parte activa de tal propósito, aunque en estos momentos le preocupa mi forzado aislamiento. Desde que abandoné Madrid, hace ahora tres años, he girado por toda la costa, con una Compañía independiente, como técnico de iluminación. No tengo residencia propia desde que me divorcié, por eso, y porque mi Compañía se ha visto obligada a cancelar la gira a causa de la pandemia, mi madre pensó que me instalaría en su casa. Pero ya soy mayor para enfrentarme a mi propia soledad, no iba a refugiarme en su regazo a la primera de cambio. A lo que no me he podido negar es a tenderle una mano, ahora que tanto me necesita. Todavía no doy crédito a la reciente actitud de mi padre, tan agradecido como siempre estuvo a al sacrificio de mi madre, a su entrega. Los primeros años, por educarme casi en exclusividad. Los siguientes, por aceptar dirigir series que él, directa o indirectamente, producía. Mientras mi madre dejaba sus proyectos teatrales a un lado. Por eso, al

anunciarme que regresaba a la Malvarrosa, con la intención de quedarse, no dudé un momento en ayudarla. Ella ya sabía que acudirías al bungalow que tenías en la playa, del que tanto hablabas cuando participaste en *La Hacienda*, y que tan pocas veces pudiste visitar entonces. Pensó que abandonarías tu apartamento de alquiler en Madrid y regresarías a tu pueblo natal, Daimús, nada más supo del fallecimiento de tu marido. Quizá para instalarte definitivamente en *Casitas El vergel*. Has tardado un mes en hacerlo, supongo ha sido complicado. Me he adelantado a ti, y me alegro. Así he podido verte llegar. Cuando acepté ayudar a mi madre ella alquiló el bungalow contiguo al tuyo precisamente para eso, para que pudiera ayudarla. Le costó un poco dar con las señas de la dueña, Mrs Daft, siendo como es extranjera, pero con su pericia y sus contactos lo consiguió. Estableció con ella un trato: yo cuidaría del bungalow y del jardín, además de ser su inquilino. A cambio ella pagaría por transferencia bancaria una cantidad no demasiado elevada. El trato es tripartito, además de cumplir con Mrs Daft, debo acercarme a ti. Y convencerte de que representes a Libertad, en un monólogo que, con mirada retrospectiva, relate su relación con la casa frente al mar. Mi madre quiere que tú seas la única protagonista de la primera obra teatral que dirigirá en su propia casa. Ya la está preparando para ello.

Sales al balcón, te has cambiado de ropa y llevas el pelo mojado. Ladeas tu cuerpo y miras hacia el mar. Desde tu casita (y desde la mía) se puede divisar, también desde las que están situadas en otros edificios, en primera línea. No desde las que dan a la callecita privada de nuestro residencial, frente a nosotros. Tenemos suerte de que nuestras casitas estén orientadas hacia la playa. Esa playa sin paseo, pequeña, tranquila,

que ahora no podemos pisar. Ese acogedor litoral, que se arrebuja a espaldas del puerto de Gandía, extendiendo su arenal por diferentes pueblos de la Safor hasta llegar a Denia y culminar bajo el macizo del Montgó. Al menos lo podemos ver, y respirar su aroma.

Inclinas tu cuerpo hacia adelante y te agarras firmemente a la baranda de tu balconcito. Eso permite que tu agitación sea casi imperceptible. Lloras, gimes. Te veo, pero no te escucho. La puerta de mi balcón está entreabierta y por ella se ha colado Gatopardo, con tan solo dos semanas de vida (entrega irrenunciable de la visita a mi madre antes de instalarme a tu lado). Su nombre hace honor a su apariencia, como un leopardo jaspeado. *Si queremos que todo siga como está es necesario que todo cambie*, el felino parece conocer el origen de su nombre, pienso rememorando el lema de Tancredi en la novela de Lampedusa o en la película de Visconti. Araña las patas de la silla pretendiendo escalarla y acceder a la baranda. No seré yo quien procure su caída, por más que cuente presumiblemente con siete vidas por delante. Así que salgo al balcón y lo rescato. Y te miro. Y me ves.